

En el segundo capítulo el autor se adentra en el mundo de las criaturas misteriosas, entre las que destacan Lamia y Empusa, seres mitológicos antropófagos; a la primera se refiere mediante el relato *Metamorfosis* de Antonio Liberal y, a la segunda, por Apolonio de Tiana. El siguiente ser es el licántropo, ya que en la antigüedad se creía que los hombres se podían transformar en lobo o que los espíritus de los muertos se metamorfoseaban en este animal. Explica Fernando Lillo que los griegos localizaban a este ente en Arcadia, de donde provienen las leyendas originarias. Según Pausanias, el origen se encuentra en Licaón, quien se convirtió en lobo tras sacrificar a un neonato de dos meses a Zeus Liceo. Sin embargo, Plinio el Viejo declara que estos cuentos no son más que eso, pero aún así cita las fuentes de quienes tratan estos hechos. Por último, nuestro autor habla de las enigmáticas Estrigas, quienes, según Ovidio en *Fastos*, están emparentadas con las harpías, seres voladores nocturnos que buscan niños sin nodrizas para maltratar sus cuerpos. Al respecto, da testimonio el autor latino de un niño que fue preso de éstas, pero, al sollozar, su nodriza acudió urgentemente, la cual pidió la ayuda de una ninfa tras ver el mal estado en el que la harpía había dejado al bebé. La ninfa le mostró los ritos que debía llevar a cabo: ofrecer el corazón de una cerda de dos meses, intercambiando así la vida del uno por el otro.

En el tercer capítulo, «Magos y Hechiceros», Fernando Lillo introduce la magia grecorromana con un papiro en el que están escritas una serie de preguntas para saber el futuro más inmediato. En caso de que la respuesta no fuese la deseada, se recurría a la magia, con la que se obligaba a dioses o espíritus a actuar como colaboradores para alcanzar los propósitos del mago, el verdadero ejecutor. Para mostrar cómo se podía llegar a ser mago, Luciano, en *El aficionado a las mentiras*, narra que el conjurador ficticio Páncrates fue iniciado en las artes mágicas en Egipto por la diosa Isis durante tres años en cámaras subterráneas. Lillo da testimonio de las diferentes formas en las que un mago puede obtener los poderes, o bien conociendo el nombre de una divinidad, o bien obligando mediante complejos rituales a un demon, espíritu o ser intermedio, a que se pusiera al servicio del mago actuando como su ayudante. Conseguida la ayuda de estas fuerzas sobrenaturales, podían ser utilizadas de forma benéfica o maléfica. Ambos tipos de magia comparten el rito, la redacción de éste en papiros y el tipo de lenguaje especializado, aunque diferenciado según el fin. El mago realizaba estas prácticas en días adecuados para ellos, los *fastos*, muy ligados al zodíaco. Tras explicar lo esencial para comprender qué es un mago y cómo éste se desenvuelve en el terreno para actuar, el autor del libro ofrece diferentes testimonios de ambos tipos de prácticas mágicas, la buena y la mala: Pitágoras y otros chamanes de la Grecia Antigua, el babilonio hiperbóreo y el egipcio Páncrates, etc.

En el cuarto capítulo se continúa hablando de las personas que practican la magia, pero en este caso hace referencia sólo al sexo femenino. De este modo, hace un

recurso desde las brujas más antiguas en la literatura hasta las apariciones de éstas en la pantalla. Comienza con Circe y su intervención en la *Odisea* de Homero y cómo ésta ha sido retratada en las producciones fílmicas; tras hablar de la seductora Circe, menciona a la vengativa Medea y su historia desde los *Argonautas* de Apolonio de Rodas hasta la película *Jason and the Argonauts* (D. Chaffey, 1963). Para acabar este apartado el autor habla sobre las «Brujas y Alcahuetas», en especial, su imagen en los poetas romanos, donde Horacio hace una versión satírica y burlesca de las mismas y Ovidio también hace un esbozo del prototipo de alcahueta, que será la que aparezca luego en la literatura posterior como la *Celestina*. En cuanto a las brujas de la novela, los ejemplos más claros se hallan en *El Satiricón* de Petronio y el *Asno de oro* de Apuleyo.

Para concluir el libro, el último capítulo está dedicado a los autores grecolatinos que trataron sobre fantasmas, brujas y magos, en este se agrupan los diferentes autores y el tratamiento acerca de estos seres sobrenaturales.

En mi opinión debo decir que el libro es de gran interés y, sobre todo, ofrece una gran ayuda a todo aquel que quiera comenzar a investigar acerca del tema, pues podría considerarse un manual de búsqueda, ya que Lillo recoge una gran cantidad de referencias a diferentes historias testimoniadas en las citas de lista de autores clásicos sobre las que él ha trabajado durante este libro. Estos autores no pertenecen sólo al mundo clásico, sino hace mención a novelas posteriores como la *Celestina* o, incluso, algunas adaptaciones en el cine y la televisión.

OSUNA CABEZAS, M^a. J., *Góngora vindicado: Soledad primera, ilustrada y defendida*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009, 406 pp.

Javier Álvarez
Universidad de Córdoba



Desde que a don Luis de Góngora le fue devuelta su condición de autor canónico en el primer tercio del siglo XX, han sido varios y variopintos los expertos en el Siglo de Oro que han consagrado sus desvelos a la reconstrucción de la agria polémica que siguió a la divulgación manuscrita de la «Soledad primera». De Emilio Orozco, Eunice Joiner Gates, Dámaso Alonso, Robert Jammes, Antonio Carreira, Melchora

Romanos y varios otros sigue la senda M. José Osuna Cabezas, de la Universidad de Sevilla, con esta edición anotada de la *Soledad primera ilustrada y defendida*, atribuida a Francisco de Cabrera, ingenio antequerano. La

completa restauración del mosaico de testimonios a favor y en contra de las obras mayores de don Luis es o debería ser, según escribe M. José Osuna en la pág. 14 de su estudio, labor de algún equipo conjunto de investigación, «cuyo primer objetivo fuera editar todos los textos y luego los pusiera en diálogo». Ese hipotético equipo de investigación contaría con la ventaja de poder aprovecharse del fruto de las incursiones solitarias y pioneras de los diez o quince intrépidos especialistas que, a lo largo del siglo que nos precede, han arrojado su poquito de luz sobre la más importante, intrincada y, entre el público lego y desapasionado, tediosa de las polémicas literarias de nuestras letras.

El testimonio que M. José Osuna Cabezas ha elegido editar y anotar es, además, de los más relevantes y menos conocidos hasta la fecha. Del comentario de la «Soledad primera» que M. José Osuna, a zaga de Robert Jammes, atribuye a Francisco de Cabrera solo se conoce, de momento, el manuscrito de la Biblioteca del Seminario de San Carlos de Zaragoza, que José Manuel Bleuca dio a conocer, en parte, en 1968. Es otra de las reacciones a que dio lugar la difusión del *Antídoto contra la pestilente poesía de las Soledades*, de Juan de Jáuregui, en el verano de 1615. En estas fechas hay que ubicar el inicio de la redacción de la *Soledad primera ilustrada y defendida*. A su autor, Francisco de Cabrera u otro ingenio antequerano, la obra se le fue claramente de las manos, pues, comenzada como reacción inmediata a las críticas de Jáuregui, su culminación se fue postergando progresivamente hasta tal punto que, de acuerdo con los sólidos argumentos de M. José Osuna, hay que aceptar que no pudo concluirse antes de 1620.

Robert Jammes había propuesto la fecha de 1618. Para retrasarla, M. José Osuna se vale —igual que Jammes— de argumentos tan incontrovertibles como la introducción de citas de textos gongorinos de fecha posterior a 1620. Ubicar el texto en las inmediaciones de 1620, en cualquier caso, serviría para dar cuenta de algunas de las particularidades de este comentario de la «Soledad primera». Es interesante, a este respecto, el uso que el anónimo antequerano hace de Fernando de Herrera, de quien se citan con cierta frecuencia no solo sus anotaciones a Garcilaso, sino también sus obras en verso, siempre con el objeto de legitimar las excentricidades estilísticas de don Luis. Ello hace pensar, en efecto, que no se desconocía, en el momento de la redacción, la edición póstuma de los versos de Herrera (Sevilla, 1619), en que las composiciones del poeta hispalense habían sido reescritas con el objeto de adaptar su estilo a la boga del gongorismo.

El comentario atribuido a Francisco de Cabrera, por lo demás, se divide en dos grandes secciones. En la primera

se exonera a don Luis de los defectos generales que Jáuregui le había atribuido. Según el anónimo antequerano, la oscuridad es cualidad inherente a la mejor poesía, pues los verdaderos poetas son excelsos y no gustan de que sus composiciones acaben en labios del vulgo, «como si fueran seguidillas o escarramán», según se escribe en la p. 83. Jáuregui le había reprochado a don Luis, también, sus innovaciones estilísticas, lo que da lugar a la enardecida réplica del antequerano en el pasaje quizás más revelador de su anotación y comentario, pues, con el objeto de ensalzar a Góngora, no duda en rebajar a Garcilaso, como ya habían hecho Francisco de Amaya —a quien el autor conocía y veneraba— y otros en sus apostillas a varios ejemplares manuscritos del *Antídoto* de Jáuregui. Antes de continuar con la anotación verso a verso de la «Soledad primera», el anónimo antequerano se detiene en rebatir las objeciones estilísticas generales de Jáuregui, como el uso constante de la diéresis —a la que Jáuregui había llamado sinalefa, lo que provoca las burlas del antequerano— o la repetición frecuente de palabras y locuciones.

El grueso del comentario atribuido a Francisco de Cabrera consiste en la elucidación, verso a verso, del sentido literal de la «Soledad primera». Con este objeto, el autor divide la silva en fragmentos que a continuación anota profusamente. Es cierto que, poco a poco, se advierte cómo comienza a cansarse de su labor, ciertamente exigente: a medida que nos aproximamos a la conclusión de la obra, los fragmentos son cada vez más extensos y las anotaciones más exiguas. El contenido de las apostillas es siempre aproximadamente el mismo: Francisco de Cabrera o quien haya sido el responsable del comentario explica el sentido literal de los versos copiados, cita sus probables o supuestas fuentes clásicas e italianas y, con acierto, trae a colación paralelos extraídos de otras de las obras de don Luis. Si el pasaje en cuestión ha sido objeto de las censuras particulares de Jáuregui, se introduce, además, la correspondiente impugnación.

Según se ve, el trabajo del anónimo antequerano tuvo mucho de hercúleo, y no lo es menos el de M. José Osuna Cabezas, su editora, que no ha escatimado esfuerzos a la hora de recrear el contexto de sus apostillas. Los lectores le agradecerán sin duda que se haya ocupado de indagar minuciosamente en las más de mil quinientas citas que el anónimo introduce alegremente, de las que ofrece la referencia exacta en edición moderna y, cuando vienen en idioma extranjero —en latín, sobre todo—, la traducción castellana. Como sabe cualquiera que se haya visto en la necesidad de realizar anotación semejante, es labor a veces compleja, pero siempre necesaria y digna de encomio.